

Joao Guimaraes Rosa



El caballo que bebía cerveza



34



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES JULIÁN



biblioteca.digital.aj@gmail.com

El caballo que bebía cerveza

Joao Guimaraes Rosa, Brasil



Edición Digital Gratuita
distribuida por Internet

Editor:

Aquiles Julián, República Dominicana.

Email: aquiles.julian@gmail.com

Coeditores asociados:

Fernando Ruiz Granados	México
José Acosta	New York, EE.UU.
Pedro Camilo	Santo Domingo
Anibal Rosario	New York, EE.UU.
Milagros Hernández Chiliberti	Venezuela
Eduardo Gautreau de Windt	Santo Domingo, RD
Mario Alberto Manuel Vásquez	Salta, Argentina
José Alejandro Peña	Estados Unidos
César Sánchez Beras	Massachusetts, EE.Uu.
Félix Villalona	Santo Domingo, RD
Ángela Yanet Ferreira	



Primera edición: Enero 2010

Santo Domingo, República Dominicana

BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra narrativa de los grandes creadores, difundiéndola y fomentando nuevos lectores para ella. Los derechos de autor de cada libro pertenecen a quienes han escrito los textos publicados o sus herederos, así como a los traductores y quienes calzan con su firma los artículos. Agradecemos la benevolencia de permitirnos reproducir estos textos para promover e interesar a un mayor número de lectores en la riqueza de la obra del autor al que homenajeamos en la edición.

Este e-libro es cortesía de:



**Libros de
Regalo**

EDITORÍA DIGITAL

Sol Poniente interior 144, Apto. 3-B, Altos de Arroyo Hondo III, Santo Domingo, D.N., República Dominicana. Tel. 809-565-3164 Email: librosderegalo@gmail.com

BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN 34 – EL CABALLO QUE BEBÍA CERVEZA - JOAO GUIMARAES ROSA

El caballo que bebía cerveza

Aquella alquería del hombre quedaba medio oculta, oscurecida por los árboles, que nunca se vio plantar tantos tamaños alrededor de una casa. De mi madre oí, cómo en el año de la gripe española, llegó él, precavido y espantado, para adquirir aquel lugar totalmente defendido, y la morada, donde desde cualquier ventana alcanzase a vigilar a distancia, las manos en la espingarda; en aquel tiempo, en que no era aún tan gordo como para dar asco. Decían que comía cualquier inmundicia: caramujos, hasta ranas, con las brazadas de lechuga embebidas en un balde de agua. Era de ver, cómo comía y cenaba en la parte de afuera, sentado en el umbral de la puerta, el balde entre las gruesas piernas, en el suelo, y las lechugas; salvo que la carne, aquella, era legítima de vaca, guisada. Lo demás que gastaba era en cerveza, que no bebía a la vista de la gente. Yo pasaba por allí y él me decía:

“—Iriyalini, bisoña 1 (1. Transcripción fonética de la palabra italiana bisogna, que debe Interpretarse aquí “por hace falta”) otra botella, es para el caballo...”. No me gusta preguntar, no me hacía gracia. A veces no la llevaba, a veces la llevaba, y él me devolvía el dinero gratificándome. Todo en él me daba rabia. No aprendía a decir mi nombre a derechas. Afrenta u ofensa, no soy de los que perdonan: a nadie, de ninguna.

Mi madre y yo éramos de las pocas personas que pasaban por delante de la tranquera, para alcanzar la pasarela del riachuelo. “—Déjale probecillo, padeció en la guerra...”, iba explicando mi madre. Él se rodeaba de diferentes perros grandes para vigilar la alquería. A uno, que no me gustaba, le veía yo, el bicho asustador, antipático —el peor tratado; y hacía así por no acobardarme al lado de él, que estaba a todas horas, con desdén, llamando al endiablado perro de nombre—Mussolino. Yo me recomía de rabia de que un hombre de aquéllos, cogotudo, panzudo, ronco de catarro, extraño a las náuseas, a ver si era justo que poseyese dinero y estado, viniendo a comprar tierra cristiana, sin honrar la pobreza de los demás, y encargando cantidades de cerveza para pronunciar la fea palabra. ¿Cerveza? Para que tuviese sus caballos, los cuatro o tres, siempre descansados, pues no montaba en ellos ni era capaz de montar. Ni de caminar casi, que no lo conseguía. ¡Cabrón! Se paraba chupando unos puros pequeños, malolientes, muy mascados y baboseados. Merecía un buen correctivo. Sujeto metódico, con su casa cerrada, pensando que todo el mundo era ladrón.

Esto es, a mi madre la estimaba, la trataba con benevolencia. Conmigo no adelantaba nada —no disponía de mis iras--. Ni cuando mi madre se puso grave y él ofreció dinero

para los remedios. Lo acepté: ¿quién vive del no? Pero no lo agradecí. Seguro que tenía remordimiento de ser extranjero y rico. Y sin embargo no consiguió nada: la santa de mi madre se fue para las tinieblas, ofreciéndose el condenado del hombre a pagar el entierro. Después pregunto si yo quería ir a trabajar con él. Me defendí, vaya. Sabía que no tengo temor, en mi soberbia, y me enfrento a unos y a otros. Pocos me hacían cara en el lugar. Sólo si era para contar con mi protección de día y de noche, contra aquéllos y los advenedizos. Tanto que no me encargó ni medio servicio que cumplir, sino que yo estaba para Zangolotinear por allí a condición de que fuese con armas. Pero las compras las hacía yo para él. “Cerveça Irivalini. Es para el caballo...”. Lo que decía, en serio, en aquella lengua de batir huevos. Pero ¡que no me insultase! Aquel hombre todavía me iba a conocer.

Lo que más me extrañó fueron aquellos descubrimientos. En la casa, grande, antigua, atrancada de noche y de día, no se entraba; ni para comer ni para guisar. Todo ocurría del lado acá de la puerta. El mismo me figuro que raras veces se metía por allí, a no ser para dormir o para guardar la cerveza --ah, ah, ah--. La que era para el caballo. Y yo, para mí: “--¡espérate tú, cerdo, para ver si, antes o después, no me meto yo ahí, no haya lo que hay!”. O sea, que por entonces, yo debía haber buscado a las personas educadas, contarles los absurdos, pidiendo providencias, aventar mis dudas, lo que no hice fácilmente. Soy de ni palabra. Pero por allí también aparecieron los otros: los de afuera.

Astutos los dos hombres llegados de la capital. Quien me llamó hacia ellos fue el señor Priscilo, subcomisario. Me dijo: “--reivalino Belarmino, aquí éstos tienen autoridad, sírvate de confianza”. Y los de fuera, llevándome aparte, me acosaron a preguntas. Todo, para sacarme noticias del hombre; querían saberlo con pelos y señales. Admití que sí, pero no aportando nada. ¿Quién soy yo, osexno, para que me ladre el perro? Sólo barrunté escrúpulos, por las malas caras de aquéllos, sujetos disimulados, ordinarios también. Pero me cogieron a modo. El Principal de los dos, el de la mano en la mandíbula, me inquirió que si mi patrón, siendo hombre muy peligroso, vivía, de verdad, solo. Y que me fijase, en la primera ocasión, si no tenía en una pierna, abajo, señal vieja de carlanca, argolla de hierro, de criminal huido de la prisión. Pues sí, lo prometí.

¿Peligroso para mí? --Ah, ah--. Porque, vaya, en su mocedad haya podido ser un hombre; pero ahora, con la panza, regalón, pachorrazo, solamente quería la cerveza -- para el caballo--. Desgraciado de él. No es que yo me quejase por mi, que nunca me gustó la cerveza; si me gustase la compraría, la bebería o la pediría, que él mismo me la hubiera dado. También él decía que no le gustaba, no. De verdad. Consumía sólo la cantidad de lechugas con carne, boquilleno, nauseabundo, con ayuda de mucho aceite, devorando que hacía espuma. Últimamente andaba medio desatinado; ¿es que supo de la llegada de los de fuera? Marca de esclavo en su pierna no la observé ni lo procuré

tampoco. ¿Soy yo servidor de alguacil mayor, de esos curiosos que tanto remiran? Pero buscaba la manera de entender, aunque fuese por una rendija, aquella casa, bajo llave, espiada. Ya estaban mansos, amigables, los perros. Pero parece que el señor giovanio desconfió. Pues, en mi hora de sorpresa, me llamó, abrió la puerta. Allí dentro hasta hedía a cosa siempre tapada, no daba un aire bueno. La sala grande, vacía de cualquier mobiliario, sólo para espacios. El, ni que apostara, me dejó mirar a mis anchas, anduvo conmigo, dándome facilidades, me satisfizo. Ah, pero después, para conmigo, caí en la cuenta, en la idea al fin: ¿y los cuartos? Había muchos de aquéllos, yo no había entrado en todos, resguardados. Por detrás de alguna de aquellas puertas presentí vaho de presencia —sólo más tarde—. Ah, el carcamal quería pillear de listo; ¿y no lo era yo más? Además de que unos días después, se supo de oídas, ya tardía la noche, diferentes veces, de galopes en el descampado de la vega, de caballero salido a la puerta de la chácara. ¿podría ser? Entonces el hombre me engañaba tanto como para armar una fantasmagoría de lobizón. Sólo aquella divagación que yo no acababa de entender, para dar razón de algo: ¿Y si tuviese incluso, un extraño caballo, siempre escondido allí dentro, en la oscuridad de la casa?

El señor priscilo me llamó, justo, otra vez, aquella semana. Los de fuera estaban allí, sólo entré a medias en la conversación; uno de ellos dos oí que trabajaba para el "Consulado". Pero lo conté todo, o tanto, por venganza, con muchos detalles. Los de fuera, entonces, insistieron al señor Priscilo. Querían permanecer en lo oculto, el señor Priscilo debía ir sólo. Me pagaron más.

Yo estaba por allí, fingiendo no ser ni saber, despistado. El señor Priscilo apareció, habló con el señor giovanio: que ¿qué historias eran aquellas de un caballo beber cerveza? Indagaba con él, apretaba. El señor giovanio permanecía muy cansado, sacudía despacio la cabeza, sorbiendo la escurridura de la nariz, hasta el cepón del puro; pero no le puso mala cara al otro. Se pasó mucho la mano por la cabeza: "—Lei, (usted, en Italiano) ¿quiere verlo?" salió, para surgir con un cesto con las botellas llenas y un dornajo, en él lo vertió todo, hasta la espuma. Me mandó buscar el caballo: el alazán canela claro, carabonita. El cual --¿se podía dar fe de ello?—avanzó ya avispado, con las orejas inclinadas, redondeando las narices, relamiéndose: ¡y bebió a modo aquello rumoroso, gustoso, hasta el fondo, viéndose que ya era diestro, cebado en aquello! ¿Cuándo había sido enseñado, es posible? Pues el caballo todavía quería más cerveza. El señor Priscilo se avergonzaba; con que dio las gracias y se fue. Mi patrón escupió por el colmillo, me miró: "—Irrivalini, que el tiempo se va poniendo malo. ¡No laxa (en italiano dejes) las armas!" Asentí. Sonreí de que tuviese para todo mañas y patrañas. Incluso así medio me disgustaba.

Sobre todo, cuando los de fuera volvieron a venir, yo hablé, lo que especulaban: que alguna otra razón había de haber en los cuartos de la casa. El señor Priscilo, aquella vez

llegó con un soldado. ¡Sólo dijo que quería revisar los compartimientos en nombre de la justicia! El señor Giovanio, en pie de paz, encendió otro puro, él siempre estaba cuerdo, abrió la casa para que entrase el señor Priscilo, el soldado; yo también. ¿Los cuartos? Se fue derecho a uno que estaba duro de atrancado. El de lo pasmoso; que allí dentro enorme, sólo tenía lo singular --¡esto es, algo como para no existir!--: un caballanco grande disecado. Tan perfecto, la cara cuadrada, que ni uno de juguete de niño; reclaro, blanquito, limpio, crinado y ancón, alto como uno de iglesia --caballo de San Jorge--. ¿Cómo podía haber traído aquello, o mandado venir, y entrado y acondicionado allí? El señor Priscilo se aleló sobre toda admiración.

Palpó todavía el caballo, mucho, no hallando en él hueco ni contentamiento, El señor Giovanio en quedando sólo conmigo, mascó el puro: “—I rivalini, pecado (Lástima en italiano) que a ninguno de los dos nos guste la cerveza, ¿hem?”. Yo asentí. Me dieron ganas de contarle lo que por detrás estaba pasando.

El señor Priscilo y los de fuera estarían ahora purgados de curiosidad. Pero yo no le encontraba sentido a esto: ¿Y los otros cuartos de la casa, el de detrás de las puertas? Debían haberse entregado a buscar por entero en ella, de una vez. Claro que yo no iba a recordarles ese rumbo. No soy maestro de enmiendas. El señor Giovanio conversaba más conmigo, contrariado: “—I rivalini, ecco (en italiano se escribe ecco y significa “he aquí”) la vida es bruta, (en italiano significa “fea”, Brutta), los hombre son cativos...” (cativo en italiano malo) Yo no quería preguntar a propósito del caballo blanco, frioleras, debía haber sido el suyo, en la guerra, de suma estimación. “—Pero, I rivalini, nos gusta demasiado la vida...” Quería que yo comiese con él, pero le sudaba la nariz, el humor de aquel moco, sorbiendo, mal sonado, y olía a puro por todas partes. Cosa terrible servir a aquel hombre, en el no contar sus lástimas. Salí entonces, fui al señor Priscilo, hablé, que yo no quería saber nada, de nada, de aquellos, los de fuera; de murmuraciones, de jugar con el cuchillo de dos filos. Si volvían a venir, yo no iba a ellos, disparataba, escaramuzaba --¡alto ahí!--, esto es el Brasil. Ellos también eran extranjeros. Soy de los que sacan cuchillo y arma. El señor Priscilo lo sabía. Que no le cogiese de sorpresa.

Siendo que fue de repente. El señor Giovanio abrió de par en par la casa. Me llamó; en la sala, en medio del suelo, yacía un cuerpo de hombre, bajo sábana. “—Josepe, mi hermano...”, (corrupción de Giuseppe, “José” en italiano) me dijo embarazado. Quiso cura, quiso campana de iglesia para badajear los tres redobles, para él, tristemente. Nadie había sabido nunca de tal hermano, el que se hallaba escondido, fugado de la comunicación con las personas. Aquel entierro fue muy valorado. El señor Giovanio podía haberse alabado ante todos. Sólo que, antes, el señor Priscilo llegó, me figuro que los de fuera le habían prometido dinero, exigió que se levantase la sábana para examinar. Pero, ay, se vio sólo el horror, por todos nosotros, con caridad en los ojos: el muerto no tenía cara, a decir verdad --sólo un agujerazo enorme, cicatrizado, antiguo,

espantoso, sin nariz, sin rostro--, la gente veía albos huesos, el comienzo del gaxnate, salivillas, cuello. “—Que esto es la guerra...”, explicó el señor Giovanio, boca de bobo , que se olvidó de cerrar, toda dulzuras.

Ahora yo quería emprender camino, ir tirando, que allí no prestaba más, en la chácara extravagante y desdichada, con lo oscuro de los árboles tan alrededor. El señor Giovanio estaba en la parte de afuera, conforme a su costumbre de tantos años.

Más achacoso, envejecido súbitamente al ser traspasado por el dolor. Pero comía su carne, sus lechugas en el balde, sorbía. “—Irivalini... que esta vida bisoña... ¿Caspité?” (en italiano “capisti” “entendiste”), preguntaba en tono como de cantar.

Enrojcidamente me miraba “—aquí yo pisco...” (corrupción de “capisco”, “entiendo”) respondí. No por asco, no le dí un abrazo por vergüenza, para no tener también los ojos lagrimados. Y, entonces, él hizo la más extravagada cosa. Abrió cerveza, la dejó espumear. “--¿Andamos, Irivalini, contadino, bambino?”, (vamos, campesino, hijo) propuso. Yo quise. A vasazos, a veinte y treinta, me fui a aquella cerveza, toda. Sereno, me pidió que me llevase conmigo, en yéndome, el caballo —alazán bebedor--, y aquel triste perro magro, Mussolino.

No volví a ver mi patrón. Supe que había muerto cuando en testamento dejó la chácara para mí. Mandé erguir sepulturas , decir las misas, por él, por el hermano, por mi madre. Mandé vender el lugar, pero primero que echasen abajo los árboles, y enterrar en el campo el mobiliario que se hallaba en aquel referido cuarto. Nunca volví allí. No, que no me olvido de aquel dado día —el que fue una lástima--, Nosotros dos, y las muchas, muchas botellas, entonces pensé que otro vendría a sobrevivir, por detrás de uno, también por su parte: el alazán de hocico blanco; o el blanco enorme de San Jorge; o el hermano, infeliz espantosamente. Ilusión que fue, que ninguno allí estaba. Yo Reivalino Belarmino, descubrí el ardid. Me fui bebiendo todas las botellas que quedaban para mí, que fui yo quien me tome consumida toda la cerveza de aquella casa, para remate de engaño